

ROSE GATE

LOS HERMANOS MILLER #3

HERMANO DE

ARENA

Me llamo Alina Hoxha y he sido secuestrada. Ni siquiera sé cómo pude caer en una trampa tan vieja, pero ahí estaba, metida en un avión junto a otras mujeres tan asustadas como yo, con rumbo a un futuro incierto. Mi prometedora carrera como artista había quedado relegada a un décimo plano, ahora no tenía que preocuparme por que las musas me abandonaran, sino por que mi vida no fuera un infierno oculto en la arena. Cuando me enteré que iba a ser subastada, vendida y utilizada como un vulgar trozo de carne, supe que haría todo lo que estuviera en mis manos para amargarle la vida a mi comprador. Pero eso fue antes de que sus ojos impactaran contra los míos y supiera que en él radicaba mi única salida.

Introducción

Alina.

Me desperté y lo primero que sentí fue frío, de ese que se te mete en los huesos y te hace ser consciente de cada una de tus articulaciones, aunque no tengas ni idea de lo que las compone.

Solté el aliento despacio y una pequeña neblina se condensó sobre mis ojos. Giré la cabeza hacia el camastro de la derecha, buscando el consuelo de la figura enroscada de mi hermana. Siempre solía estar ahí, bajo la raída manta del orfanato que tantos cuerpos había albergado antes que los nuestros. Casi podías percibir el desconsuelo que se había apoderado de cada fibra de tejido, cobijando el tuyo propio hasta que viniera el siguiente turno de niños sin hogar.

Fijé la vista y me sobresalté al notar que su cama estaba deshecha, pero no había rastro de ella. Sentí miedo porque, aunque tuviera la necesidad de hacerme la valiente, la muerte de mis padres seguía doliendo. Porque, aunque no me gustara reconocerlo y me llenara la boca delante de todos diciendo que ya era grande, la soledad me hacía sentir diminuta, perdida y necesitada de que alguien me sostuviera y me prometiera que estaba a salvo, que no iba a ocurrirme nada.

Un ligero temblor me recorrió de cabeza a pies y tuve la necesidad de dar con mi hermana.

Seguro que había ido al baño. Me había despertado por culpa de una pesadilla y necesitaba el consuelo de su abrazo. Dejé caer mis pies desnudos por el borde demasiado alto para una niña de seis años.

Los muelles chirriaron agudos y yo intenté esforzarme para que el ruido no despertara a nadie.

En cuanto toqué las baldosas empobrecidas, aceleré el paso temerosa, intentando no tropezar con el camisón un par de tallas más grande. Te los daban así porque no sabían el tiempo que ibas a quedarte. Ojalá no fuera mucho. Apreté el paso mirando el suelo, no sería la primera vez que una de las ratas que habitaban en las cloacas de la ciudad se abría paso por los muros raídos en busca de alimento y atacaba el pie de un huérfano pegándole la rabia. O, por lo menos, eso había oído.

Me colé por el pequeño espacio de la puerta entreabierta, intentando que los goznes no dieran la voz de alarma a nuestras custodias.

Correteé presurosa con el pulso acelerado, quería dar con mi hermana antes de que los roedores lo hicieran conmigo. Kata siempre decía que tenía unos deditos de lo más apetecibles y que era mejor que de noche no me bajara del camastro. Que si tenía pis hiciera uso del orinal, pero que bajo ninguna circunstancia saliera sola de la habitación, y mucho menos sin ella. Pero es que ahora mi hermana no estaba y yo tenía que encontrarla.

Los baños no andaban lejos, al final del oscuro pasillo iluminado por unas ventanas de cristales turbios.

El suelo se sentía algo húmedo y resbaladizo. Tuve que agarrarme a la pared para poder llegar sin incidentes.

Entré con sigilo; si las monjas me pillaban allí, me caería un buen castigo. Escuché un ruido, no podía arriesgarme a preguntar y que no se tratara de Kata. Parecía proceder de la zona de las duchas. Era un golpeteo rítmico y voces vacías. Más bien eran gruñidos o quejidos, no tenía ni idea. Estaba algo asustada. ¿Y si era un fantasma?

La piel de mis brazos se erizó, aun así no me detuve, y cuando llegué al marco de aquella estancia abierta, coronada por azulejos enmohecidos y alcachofas cubiertas de cal, me detuve en seco.

Reconocí las pequeñas manos aferradas a los azulejos, el diminuto cuerpo doblado en dos con el camisón levantado y esas manos, que apretaban la blanca piel de las caderas. No comprendía muy bien lo que estaba viendo, arrugué el ceño y me mantuve quieta. Kata no me dejaba que me acercara a él, y si lo hacía, temía las consecuencias. Observé su rítmica cadencia, ¿qué era lo que le hacía empujar entre los muslos de mi hermana? ¿Por qué no llevaban ropa ahí abajo?

Jadeos, quejidos y, finalmente, gotas rojas cayendo en el suelo blanco.

El aire me faltaba. Me desperté sobresaltada. El sudor perlaba mi frente pegajosa y, aunque solo llevaba puesta la ropa interior, noté un calor asfixiante que me hacía arder los pulmones.

Hacía años que no soñaba con mi infancia, y mucho menos con Nikolai y mi hermana. Quizá ahora ese sueño

había vuelto como una premonición de lo que iba a ocurrirme.

En aquel entonces era demasiado pequeña para comprender lo que vi. Ahora sabía con exactitud lo que Kata tuvo que sufrir y lo que quiso evitar cuando aceptó que fuéramos adoptadas por *Herr Schwartz*.

Estaba mareada y las náuseas se habían adueñado de mi estómago. El motivo era una mezcla entre la pesadilla y la mierda que me habían dado para mantenerme sedada.

Tenía las manos atadas por delante y uno de mis pechos estaba cerca de salirse del sujetador. Poco podía hacer por devolverlo a su origen.

Había perdido la noción del espacio y del tiempo. ¿Habrían transcurrido horas, días? Por el momento sería mejor no preguntar. Mi saliva era una amalgama pastosa, necesitaba agua, así lo anunciaban mis labios agrietados.

Intenté fijarme si seguía en el mismo asiento, aunque era difícil por la penumbra. No, al parecer estaba en otro, así lo anunció el cuero burdeos al que me sentía pegada por el sudor de mis muslos. Estaba en un avión, de eso no tenía duda, los oídos se me taponaban por la altitud y las ventanas lo confirmaban.

Alguien pasó por mi lado. Era un tipo armado con una metralleta que se deleitó repasando mi cuerpo de arriba abajo. No lo había visto antes, de hecho, sus rasgos no eran albano-kosovares. Tenía la piel color aceituna y un par de ojos negros brillantes que me hacían desconfiar.

Hice lo posible por cubrirme, no quería llamar su atención, su manera de observarme era una mezcolanza entre desprecio y deseo que me erizaba el vello de la nuca.

Me daba igual morir deshidratada. No iba a pedirle nada a ese hombre. Giré la cabeza hacia la ventanilla cubierta y mi estómago se encogió al emprender el descenso.

El hombre pasó de largo y siguió con su vigilancia.

¿Dónde estaba? ¿Adónde me llevaban? Pronto lo sabría.



Capítulo 1

Las Mil y una Noches



Alina

Lo primero que noté, cuando el avión aterrizó, fue el cambio brusco de temperatura.

Había agudizado el oído y me di cuenta de que varios de los hombres hablaban en lengua musulmana. ¿Era posible que nos hubieran traído a algún país de Oriente Medio?

No tardaron en acercarse a nosotras y cubrirnos los ojos. Dio igual que intentara zafarme, porque lo único que logré fue una bofetada que me incrustó en el asiento.

Había sido una estupidez, lo sabía, aun así no pude frenar mi instinto. Siempre fui la impulsiva; el día que repartieron el sosiego, yo estaba en la cola equivocada. La comedida era Kata, ojalá hubiera heredado un ápice de su serenidad y sangre fría, ahora me vendría de perlas en la circunstancia en la que estaba.

Apreté los ojos con fuerza, aunque los tuviera cubiertos sentí la necesidad de presionarlos. ¡Menuda estúpida fui al acercarme a aquel coche! ¡Idiota de manual! Lo que estaría pasando mi pobre agente y los chicos que nos acompañaron a la exposición. ¡Mierda!

Vapulearme con mis decisiones no es que fuera mi plato favorito, pero, a falta de herramientas con las que entre-

tenerme, hostiarme a mí misma parecía ser mi mejor pasatiempo.

No solía ser de esas mujeres que se repetían todos sus fallos hasta sentirse un despojo. Más bien al contrario, era consciente de quién era, me conocía, o eso creía, y sabía que en mi paleta de cualidades había de todos los colores. Eso de que ser cabezota es una cualidad negativa, o piadosa, una positiva, para mí carecía de importancia. Todas las tonalidades estaban ahí, para ser usadas en determinadas obras y erradicadas en otras. Solo el artista decidía qué debía fluir en cada lienzo para personalizarlo. La gama cromática de características no te hacía mejor o peor persona, solo tú misma en cada una de tus versiones.

Me arrebujé en el asiento haciendo un ejercicio de respiración consciente. Necesitaba mantener los nervios a raya. El rostro de mi hermana se dibujó con nitidez, con aquella mirada tan suya de «Ali, ¿qué has hecho?».

Pensar en ella era lo único que me daba esperanza. Ojalá estuviera bien, tenía que estarlo, Dylan cuidaría de ella como yo no supe hacerlo. ¿Cómo habíamos podido vivir todos estos años juntas y cohabitar en dos realidades tan opuestas? Yo creciendo en el país de *Las Mil y una Noches* y ella en una auténtica pesadilla. Me hacía cruces de todo lo que había tenido que soportar mi pobre hermana, y yo fantaseando entre lienzos.

Me dolía pensar que la persona que podía estar detrás de todo fuera el hombre que nos adoptó, pero es que por mucho que buscaba otro culpable, no lo encontraba. En mi cabeza se había descorrido el velo de la ignorancia y las piezas que se habían mantenido ocultas encajaron dejándome sin aliento.

Yo misma le dije lo que ocurría, lo puse al día, y mi alrededor estalló por los aires. Eso me pasaba por confiar siempre en todo el mundo, me negaba a creer en la maldad de las personas, era de las que necesitaban un bofe-

tón en plena cara para tomar conciencia de lo podridos que estaban algunos.

Una mano me asió con fuerza y me zarandeó para que me levantara. Cuando te privan de un sentido dicen que se te agudizan todos los demás, pues los míos debían estar de vacaciones pagadas en las Maldivas. Me sentí como un peluche agitado frente a los ojos de un bebé. Quien me hubiera incorporado del asiento tiró de mí con brusquedad, sin que viera por dónde andaba, lo que hizo que me clavara algo en un costado y me contrajera de dolor ante el impacto. A mi captor poco le importaban las marcas que pudiera lucir en mi piel. Lanzaba sonidos ininteligibles hostigándome para que me diera prisa. Me entraron ganas de gritarle que si me quitara la venda de los ojos igual podría ser menos patosa. Me mordí la lengua.

Tras alcanzar la puerta del avión un golpe de calor seco abrasó mis fosas nasales y eso que estábamos en noviembre. En Alemania no hacía una temperatura así, de hecho no recordaba haberla sentido nunca sobre mi piel. Pensé en Corinna, mi representante. El día que fui a buscarla al aeropuerto después de unas vacaciones exprés que hizo a Oriente. Me narró una sensación térmica similar, decía que ir a Catar en agosto era lo mismo que si el infierno se desatara en sus vías respiratorias.

Algo así me acababa de ocurrir. Otro empujón en mi espalda hizo que descendiera el primer escalón de golpe. ¿Acaso aquel gilipollas pensaba que mis pupilas podían traspasar la tela oscura que me había puesto?

Perdí el equilibrio y choqué contra otro cuerpo. Se oyeron voces, una cadencia estrepitosa, aguda y enfadada que me hizo rebotar hacia atrás para recibir un nuevo zarandeo.

Escuché lo que debían significar una sarta de improperios y terminé siendo subida sobre el hombro de alguien. Me dio vértigo. Di un chillido, pedí socorro y a cambio re-

cibí una palmada en el trasero con tanta inquina que luciría la marca bastantes días.

Tras varios pasos sintiéndome un fardo malherido y escuchando los lamentos de otras muchas mujeres sin rostro como yo, fui lanzada en otro asiento. Para ellos no era nada, simple mercancía, un objeto de intercambio, y así me lo hacían sentir con cada una de sus «atenciones».

Me acomodé como pude. Ni siquiera me abrocharon el cinturón de seguridad, supe que estaba en un vehículo cuando me clavé su anclaje en el trasero maltrecho. Llantos, gritos y golpes acompañaron el descenso de mis compañeras de viaje. No sabía cuántas plazas tenía el vehículo, aunque me pareció distinguir por lo menos seis timbres de voces diferentes, no estaba muy segura. Aquellos hombres no se andaban con chiquitas, era mejor respirar hondo y aguantar. El histerismo no iba a llevarme a ninguna parte.

Intenté acallar a mi compañera de la derecha, que parecía un manantial, a mi izquierda tenía una ventana donde el frío cristal estaba caliente. Apoyé la mejilla en él y tuve que apartarla. ¿Qué temperatura estaría haciendo allí fuera? Parecía un maldito incendio.

El rugido del motor del coche zumbó tras unos cuantos tiros que me sonaron a advertencia. Esperaba que hubieran sido lanzados al cielo, después nos sobrevoló un claro *shut up*, el mayor cállate internacional de la historia.

Así permanecimos todo el tiempo que duró aquel viaje infernal, en silencio, con el único murmullo del motor que se esforzaba por llevarnos a algún lugar donde convertir nuestras vidas en un mal sueño.

No nos inyectaron nada más. Agradecí el botellín de agua a mitad de trayecto y que pusieran algo de música. Si tenía dudas sobre el lugar en el que estábamos, la melodía árabe que salía por los altavoces me dio una ligera pista. Cuando por fin el vehículo se detuvo, mi esófago se

hizo un nudo. Lo único que sabía de aquella cultura era que, siendo mujer, estabas vendida.

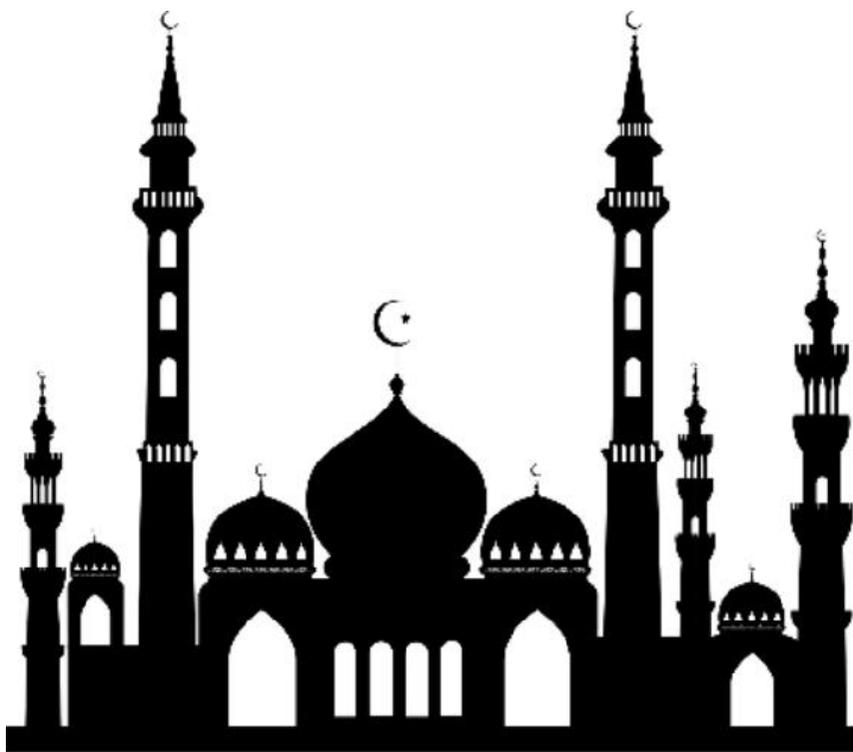
No se oía un alma, tanto silencio podía ser incluso más abrumador que una macrofiesta universitaria. Nada de tráfico o sonidos animales. Lo único que se percibía en esa extraña oscuridad era el calor asfixiante que caía como una losa sobre nuestros cuerpos. Si hubiera llevado ropa, la tendría pegada al igual que una segunda piel.

Abrieron la puerta y una a una nos fueron sacando del vehículo, este era alto; o se trataba de una furgoneta o de un todoterreno. Cuando mis pies tocaron el suelo y se hundieron en él, opté por la segunda opción.

«Arena», fue el pensamiento que me sobrevino antes de que olfateara el ambiente en busca de algún trazo marino. Igual estábamos en la playa y ahora tocaba una excursión en barco. Me quitaron el antifaz de los ojos y el corazón se me encogió haciéndose una bola de papel arrugado.

Sí que estaba en un mar, pero no de agua.

El sol se ponía sobre las dunas coloreando el árido paisaje en tonos incendiarios. Me costó sobreponerme ante la magnificencia del abrumador paisaje que se desplegaba ante mí, y, aunque los ojos de la mujer que habitaba en mí se horrorizaron, los de la artista refulgieron deseosos de captar la esencia del desierto.



Parpadeé fascinada ante el palacio que emergía frente a nosotros. Tuve ganas de frotarme los ojos para ver si era tan real como parecía. Cuando estudié mi carrera universitaria, dedicamos una parte importante al arte a través de la arquitectura. Recuerdo cómo me fascinó la mezquita Sheikh Zayed, ubicada en Abu Dhabi, y mi promesa de visitarla algún día.

Juraría, sin equivocarme mucho, que aquel palacio bien podría ser su réplica más lograda.

La mezquita, al igual que el lugar en el que estábamos, contaba con cuatro minaretes lo suficientemente elevados como para impresionar a sus visitantes. El lugar que tenía enfrente contaba con cinco. Me pregunté si los más altos también medirían los ciento siete metros de la Sheikh Zayed. Si no llegaban, poco les faltaba. Me cuestioné si también contaría con ochenta y dos bóvedas y más de mil co-

lumnas. Pronto lo averiguaría, pues mis compañeras de viaje ya estaban siendo llevadas hacia la entrada principal.

–*Yamshi, bent hawa!*^[1] –escupió uno de los hombres malhumorado, mientras rompía el embrujo.

–No te entiendo –respondí con los pies enterrados en millones de gránulos que me engullían.

Otro de los hombres me dio un empujón hacia delante instándome a andar, el resto de las mujeres estaban desapareciendo en la puerta principal. No estaba segura si éramos las mismas del primer vuelo. Antes de ser subyugada por mis pensamientos me pareció contar diez. Todas semidesnudas, maniatadas y cabizbajas.

Sin que se notara miré a mi alrededor, con la esperanza puesta en vislumbrar alguna luz que indicara un vestigio de humanidad cerca. Lo único que recibí fue el azote de la arena producido por una ráfaga de aire. Lo sentí como un latigazo omnipresente que me empujó hacia delante.

Un grito femenino me puso el vello de punta, después vino un disparo contra el suelo y muchas miradas de terror. Por lo rápido que la chica había corrido hacia nuestro encierro, imaginé que podría haber gritado por una serpiente o un escorpión. ¿No se suponía que esos animales habitaban en el desierto? Pensar en ello hizo que me encogiera un poco y mirara con ahínco el suelo.

Mi carcelero me asió del brazo y me empujó hacia delante. Fue tan brusco que giré mi cabeza hacia él. Era moreno, como todos los demás, con una barba espesa negra, un turbante en el pelo y pantalones paramilitares.

–Oye, ¿te pagan mucho por esto? –pregunté en un acto reflejo. Él tenía la vista fija en la puerta hacia la que nos dirigíamos—. ¿Entiendes lo que te digo? –Igual estaba gastando saliva en vano. Me aclaré la garganta para darle una explicación. Seguro que en aquel país los sobornos estaban a la orden del día—. Soy una artista famosa, puedo darte más si me liberas, mis cuadros se venden por miles de euros y podría ofrecerte mucho dinero. Seguro que mi

familia está buscándome y te juro que no diría tu nombre, sobre todo, porque no lo conozco –parloteé. Tenía la sensación de que dijera lo que dijese a aquel hombre iba a darle igual. Clavé los pies en el suelo y me gané otro empujón por su parte. A ese ritmo iba a terminar con más marcas que un *Outlet*.

Al llegar a la entrada casi me resbalo. El contraste entre el suelo de mármol, mis zapatos de tacón y las partículas arenosas no conjugaban muy bien. Parecía estar patinando sobre una pista de hielo. Si no hubiera sido por el guarda espaldas Pikolín que me habían puesto –léase con ironía–, ya me habría quedado sin dientes contra la pared.

Hombres cargados con metralletas, ropa árabe y miradas lujuriosas nos recibieron al cruzar el umbral. Uno de ellos se estaba riendo. A una de las chicas, de las más jóvenes, le habían desatado el sujetador y hacía malabarismos para tratar de ocultar sus generosos pechos. Era imposible hacerlo, estaba maniatada y a duras penas lograba mantenerse en pie. Otro de los que conformaba el grupo le lanzaba pellizcos y ella lloraba desconsolada.

La escena me enervó y, como si estuviera en cualquier discoteca de Darmstadt en lugar de un sitio hostil, me enfrenté sin pensarlo.

–¡Eh, tú! ¡¿Te parece divertido?! ¿Por qué no te das pellizcos en las pelotas a ver si te gusta? –Las cabezas masculinas giraron hacia mí, con aquellos ojos negros estrechándose despiadados. Si hubiera estado mi hermana, fijo que me habría mandado a callar, murmurando que aquel no era mi problema, que pasara de largo. Eso sí, ella habría saltado para que dejaran a aquella muchacha, que si llegaba a los dieciocho, era puro milagro.

Uno de ellos dio varios pasos hacia mí, sentí el cuerpo de mi captor interponerse. ¿Me estaba protegiendo? Parpadeé incrédula, puede que al final de todo sí que fuera sobornable.